

Daniel Aguirre-Oteiza, *This Ghostly Poetry. History and Memory of Exiled Spanish Republican Poets*, Toronto-Buffalo-London, University of Toronto Press, 2020, 369 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.I-VI>

En su volumen *Ghosts. Psychoanalysis. Deconstruction. History* (1999), Peter Buse y Andrew Stott destacaban el poder disruptor de la espectralidad, que quiebra de modo inquietante las categorías de tiempo, espacio y razón modernas. Esta parece ser la convicción que, apoyada en un completo y complejo entramado teórico que conforma una auténtica y sofisticada *hauntologie*, guía a Daniel Aguirre-Oteiza a la hora de enfrentarse a la que ha sido considerada como clave fundacional de toda poesía, desde incluso antes que Ovidio: el exilio, para abordar en este caso el que afecta a los poetas republicanos perdedores de la guerra civil española. No obstante, Aguirre-Oteiza huye tanto de la lectura ahistórica —que se detendría en esa identificación mitificadora entre poesía y exilio— como de una historicista, que atendería sobre todo a la tematización superficial de las circunstancias sociohistóricas en el poema. Lo que hace es explorar en los versos lo que denomina una “memoria poética” que trasciende lo referencial para, a través de la explotación de los recursos mnemónicos (ritmos, rimas) y déicticos, ofrecer una constante reactualización que, en su extrañamiento, problematiza cualquier estrategia de integración en la teleología propia de la historia nacional al uso. En este sentido, el libro de Aguirre-Oteiza, que reúne y amplía una serie de trabajos previamente publicados en algunas de las cabeceras más reputadas del hispanismo, supone una contribución esencial al debate sobre la memoria y la historia tan en auge durante los últimos años; lo hace, eso sí, desde una perspectiva matizada y especialmente atenta a la especificidad del discurso poético, mediante *close readings* contextualizadas que sitúan la posibilidad testimonial en sus fuerzas de sentido inmanentes. El volumen puede leerse así en continuidad con su trabajo previo sobre Antonio Gamoneda (*El canto de la desaparición. Memoria, historia y testimonio en la poesía de Antonio Gamoneda*, Madrid, Devenir, 2015), en la medida en que ambos revelan el interés

sostenido del autor por localizar el potencial político de la poesía en los aspectos sensibles de su material verbal.

El libro consta de tres partes, divididas a su vez en varios capítulos hasta conformar un total de siete, más una coda: mientras las dos primeras partes componen sus coordenadas conceptuales y metodológicas, las cinco siguientes muestran la viabilidad de su aplicación a casos de estudio significativos. Así, en la introducción (“On Forewords and Historical Ghosts”), el autor parte de la reflexión que Max Aub esboza, en el prólogo a su *Diario de Djelfa* (1944), acerca de una “poesía atada al recuerdo” que cobra “virtud fantasmal” (p. 4) para definir una práctica de escritura que, basada en “anachronism and displacement” (p. 5), prefigura infinitas prácticas de lectura futuras, posibilitando así “the textual encounter between the ghosts of the dead and the ghosts of the living” (p. 6). A esta dinámica ayuda la función de los deícticos, que median entre lo inmediato y lo remoto y señalan un lugar y tiempo ligados al contexto de enunciación pero, igual y ambiguamente, al de recepción.

Después de asumir la imposibilidad del retorno para el exiliado y de identificar la recurrencia de categorías como voz, tierra y muerte en las producciones *de* exilio, y no *sobre* el exilio, Aguirre-Oteiza pasa a articular una de las claves de su aproximación al objeto tratado: la de voz. Alejándose de las prerrogativas colectivas nacionales y nacionalistas que la ligan al pueblo, define una noción de voz poética concebida en términos de dialogía (Smith), diferencia espaciotemporal (Ugarte), corporalidad (Vernon), plurivocalidad somática (Stewart) o extrañamiento (Dolar). La presencia irreductible de lo vocal y sus múltiples tensiones es uno de los puntos diferenciales y originales de este estudio, que lo aleja de los derroteros temáticos más transitados en este campo de trabajo. Es precisamente esta voz el componente esencial de una memoria poética que, basada en Benjamin y Nietzsche, implica atender a “the various threads of deictic, tonal, prosodic, rhetorical, topical, transnational, and intertextual repertoires” del poema (p. 7), que resquebrajan cualquier intento de conciliación propio de la operación historiográfica convencional.

La parte primera, titulada “Exiles in Literary History”, está compuesta por los capítulos “Re-engaging with Ghosts in the Poetic Machine” y “Writing the War, Re-Writing the Nation, Embodying the Voice of the People”. En ellos, una serie de poemas de autores vinculados al exilio, la represión y el posicionamiento político (Hernández, Vallejo, Machado, Juan Ramón pero, sobre todo, León Felipe) sirve a Aguirre-Oteiza para mostrar los mecanismos de construcción de la voz poética popular, pero

también para ensayar la metodología deconstructiva apuntalada en las páginas anteriores: así, se descubren, en composiciones con una fuerte retórica bélica, otras voces y otros ecos que, a partir del examen de la prosodia o los acentos, despliegan otros sentidos espectrales que rasgan las lecturas más toscamente referenciales.

La parte segunda consta de cuatro capítulos que examinan concienzudamente cuatro casos de estudio significativos: Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Aub y Segovia respectivamente. En el primero de ellos, se explora la importancia que la memoria fantasmal de Machado desempeñó en ese archivo enigmático y multiforme que es *Guerra en España*, definido por el propio Juan Ramón en términos de “calidoscopio” y “ruina”: fue la noticia de la muerte del poeta sevillano la que precipitó la creación de un material que, además, iba a llevar como prólogo el texto “Voces de calidad”, que aquel había compuesto para el de Moguer. La lectura de Aguirre-Oteiza tiene la virtud de poner el foco sobre una producción extraña de Jiménez para subrayar su condición de homenaje machadiano, estableciendo un puente entre dos poetas que han sido situados, con demasiada frecuencia y ligereza, en una relación de oposición que reforzaba la imagen de un Juan Ramón apolítico y aislado de los problemas reales de su tiempo. En la defensa que este hace de un Machado complejo, irreductible a la lectura martiriológica que efectúa Bergamín, Juan Ramón está también, según Aguirre-Oteiza, esbozando la poética de su propia posteridad, protegiéndola contra ulteriores usos y abusos. Se trata, en fin, de unos materiales entre los que las fotografías no hacen sino confirmar la “necrophiliac anxiety” (p. 93) del poeta y cuya heterogeneidad viene a desafiar, y no es algo menor en un poeta acusado de habitar en la torre de marfil, la noción de autonomía artística, quebrando, en términos de Rancière, la distribución oficial de percepciones y expresiones en torno a la guerra civil.

Una sostenida *close reading* del poema “1936” de Luis Cernuda, centrada en su famoso verso inicial, “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros” centra el quinto capítulo, en el que se subraya el valor ilocutivo y performativo de la pieza cernudiana, cuya disposición enunciativa y déctica reclama una actualización que inscribe al propio Cernuda y al propio poema en lo recordado. La reiterada utilización de la pieza en discursos institucionales sobre la memoria, sin embargo, redundando en una acción de olvido, que recae sobre la alusión al soldado anónimo que la pieza cernudiana evoca (“un antiguo soldado / de la Brigada Lincoln”) y provoca una paradójica abstracción deshistorizadora. Tras explorar otros

elementos que sabotean la lectura del poema en clave referencial, se recorren ciertas autofiguras de Cernuda que revelan su concepción daemónica de la poesía como fuerza destructora y se señala su condición de otredad en el modernismo de medio siglo. Aludiendo a otros poemas como “Díptico español” y “Vereda del cuco”, Aguirre-Oteiza ensaya finalmente otros modos de memoria poética apoyados en intrincados patrones lingüísticos, como son las variaciones de ritmo y rima, el recurso al verso galaico antiguo o, en fin, la radical ambigüedad del átono “lo” en “1936”, que proyecta toda su indefinición sobre aquello que exhorta a recordar.

El poderoso extrañamiento que representan tanto la vida como la obra de Max Aub son probablemente la mejor encarnación de la resistencia que el exilio y la dislocación oponen a cualquier tentativa de sutura histórica. Quizá por ello su figura es, ya desde el mismo título, el centro nodal del libro. Aguirre-Oteiza destaca el contundente extravío espacio-temporal que crea el exilio y lo rastrea en el constante cambio de las posiciones de enunciación que ensaya Aub, para después pasar a indagar en la aproximación de este a la poesía, que considera dotada de un valor de verdad radical al que, parece decirnos, solo se llega mediante la ficción. Así, se explora la apuesta dialógica de las múltiples voces apócrifas que, radicadas en tiempos y espacios dispares, conforman el volumen *Antología traducida* (1963) como un tipo peculiarísimo de testimonio que desmiente su retórica más formularia. En segundo lugar, se considera el peculiar e interesado empleo que Muñoz Molina hace de la figura de Aub: integrándola en la gran metáfora que convierte a Sefarad en epítome de todos los exilios posibles, el autor de *Beatus ille* persigue la inserción de la historia española en una identidad cultural europea, pero paga para ello el costoso peaje de la borrada de las circunstancias específicas que marcan cada destierro como episodio histórico único e irremplazable. Si esta maniobra ejemplifica los riesgos de abstracción de una memoria cosmopolita, a menudo auspiciada por el poderoso signo del Holocausto, el discurso de entrada de Muñoz Molina en la Academia, en el que incorpora a Aub al canon literario español en un problemático ejercicio recuperativo, ilustra el peligro de otras operaciones de memoria, que ejecutan una asimilación paradójica que violenta la condición radicalmente expatriada y apátrida del escritor.

En relación íntima y complementaria con lo anterior se encuentra el caso de Tomás Segovia, que se afanó por borrar de su poesía todo rastro de las circunstancias sociales, espaciales y temporales de su experiencia

desterrada. Su decisión de “exiliarse del exilio”, por emplear sus propias palabras, es leída como un gesto intensamente político que crea una tensión muy productiva entre lo particular y lo universal analizada desde la ética cosmopolita propuesta por Appiah. La extrema desconfianza en la identidad de Segovia anima los mecanismos de producción de poemas de títulos tan rotundos como “Patria”, “Bandera” o “Retorno”, pero que instauran una dialéctica entre la pertenencia y la desposesión difícilmente resoluble.

Es precisamente Segovia uno de los protagonistas del último capítulo que, a modo de “Coda”, repasa lo que Aguirre-Oteiza denomina “Antonio Machado’s afterlives” (p. 217). Su participación en el homenaje que, en 1979, tributa el Ateneo Español al autor de *Campos de Castilla* busca huir de la retórica de lo que Segovia califica como “institución machadiana” (p. 217) recurriendo al recuerdo del poema “Caballitos”, que formaba parte de las lecturas obligatorias de la escuela republicana. La evocación memorística de esta composición enlaza con una meditación detenida sobre el que supuestamente es el último verso machadiano, el célebre “Estos días azules y este sol de la infancia”; reivindicando lecturas como la de Aurora de Albornoz, que destaca sus innegables ecos darianos (“En los días azules / de tu dorada infancia”, decía Rubén en “A Bolivia”), Aguirre-Oteiza ensaya una aproximación al alejandrino que se aleja de las tan transitadas veredas biografistas para acentuar su naturaleza intertextual y su filiación modernista. El capítulo finaliza repasando los discursos de algunos exiliados retornados como Alberti y la condición fallida de sus optimistas intentos suturadores.

En un ensayo de referencia sobre Cernuda, Julián Jiménez Heffernan declaraba que “la gran poesía no se lee, se recuerda”, asumiendo que el poder hipnótico del poema descansa en su impronta mnemónica y que es esta la única capaz de configurar una auténtica historia de la lírica, que es necesariamente interna. Un convencimiento parcialmente semejante anima los planteamientos de Daniel Aguirre-Oteiza, que se enfrenta a la poesía del exilio republicano español despojándose de los usos críticos más trillados, que no aciertan sino a glosar su capa más externa, para centrarse en aquellos aspectos intrínsecamente verbales y localizar en su infinita reverberación la esperanza del testimonio poético; esta lógica no vendría sino a confirmar que es en la resistencia a la reducción temática y parafrástica donde radica la posibilidad de otra resistencia que, siendo profundamente política, rehúye cualquier instrumentalización. Por ello, el estudio de Aguirre-Oteiza no contiene solo una aportación crítica sino que

constituye todo un proyecto de alto vuelo teórico que confirma la fertilidad de lo espectral en la deconstrucción de programas nacionales y nacionalistas. No es difícil hallar algunas similitudes con la propuesta que para el sistema literario gallego supuso el libro *Fogar impronunciable* (2011), en el que María do Cebreiro Rábade Villar deslindaba la tríada lengua-territorio-nación naturalizada en la historia literaria gallega, y que llevaba el iluminador subtítulo de *Poesía e pantasma*. Ningún “canon roto”, por emplear la noción de Mainer, se puede reparar, y tanto el poema como la nación se antojan construcciones afortunadamente imperfectas y porosas, por cuyas cesuras se cuelan espectros con los que se hace necesario *apprendre à vivre enfin*.

MARGARITA GARCÍA CANDEIRA
Universidad de Huelva
margarita.garcia@dfesp.uhu.es